

2da Edición del Concurso de Cuentos cortos UPC **“Trazos de imaginación”**

Este concurso organizado por la dirección académica del campus villa durante el semestre académico 2024-01 y con fecha de premiación el día 21 de junio del 2024.

Tuvo como objetivo buscar textos originales en su contenido y en su forma, invitando a los alumnos de pregrado del 1ro al 6to ciclo de todos los campus a participar de esta instancia creativa, teniendo en cuenta que las obras son de temática libre.



UNIVERSIDAD PERUANA DE CIENCIAS APLICADAS

DIRECCIÓN ACADEMICA – CAMPUS VILLA

CONCURSO DE CUENTOS CORTOS UPC

“TRAZOS DE LA IMAGINACIÓN”

TITULO

Un amor en coma

AUTOR

BECERRA MAURICIO, María Xeleste Jaynette (U202311234)

Lima, 23 de junio de 2024

Emma abrió los ojos desesperada, se había desvelado hasta tarde haciendo un trabajo para el instituto. No entendía cuál era el objetivo de las tareas, no le ayudaban a nadie, solamente creaban más preocupaciones y estrés a los alumnos. Odiaba la clase de Historia, la profesora Carmen era una arpía total, a tal punto que Emma sentía que tenía algún prejuicio contra ella. Se levantó cargando toda la pereza del mundo sobre sus hombros, cogió su mochila y sus zapatillas, y bajó corriendo las escaleras. Encontró a su madre y a su padre desayunando de los más tranquilos, pensó en lo dura que era la vida de ella en comparación con la de sus padres.

- Has despertado tarde, no es muy usual en ti.- dijo su madre, con una sonrisa. Emma le devolvió la sonrisa y agarró una de las tostadas del plato de su padre, quién no tardó ni diez segundos en protestar.
- Me quedé hasta tarde avanzando el proyecto de la vieja loca. - eso último lo dijo en voz baja. A su madre no le gustaba que se expresara de esa manera sobre una persona mayor.
- ¿Qué dijiste, beba? - añadió su madre.
- Nada, solo me he quedado dormida. Estoy muy cansada. Todo es culpa de ustedes que hasta hace 3 años me mandaban a dormir a las ocho en punto. Ahora ya soy una adulta y no resisto despierta pasadas las 11 de la noche.

Su madre y su padre le sonrieron con un par de sonrisas angelicales y ella volteó los ojos. Llegaba muy tarde al instituto y seguramente Nicolás ya la estaría esperando afuera de su casa. Nicolás y ella eran mejores amigos prácticamente desde que nacieron, no recuerda ni un solo momento de su vida sin él. Salió corriendo de su casa, y efectivamente, Nicolás estaba sentado en las escaleras de su casa que daban a la puerta. En cuanto la vio se puso de pie, y su expresión cambió a la diversión total.

- Mala noche, ¿eh? Seguro que no te has visto a un espejo, sino estarías jalándote los pelos. - Esbozó una sonrisa divertida y le dio una palmadita en la espalda.
- Cierra el pico, estaba haciendo el trabajo de la vieja calva. - Emma y Nicolás le pusieron ese nombre a inicio de año, a ninguno de los dos le agradaba esa profesora.

Siguieron caminando, y entraron al auto de Nicolás. Empezó a conducir mientras esbozaba una sonrisa petulante. Con solo mirarlo descubrió que estaba juzgando su atuendo con la mirada y que lo encontraba divertido. No entendía porqué tanto alboroto, hasta que bajó la vista hacia sí misma y las mejillas se le enrojecieron. No se había dado cuenta de que llevaba puesta la pijama

improvisada con ropa de su padre, que según ella se le veía genial y era muy cómoda. En esas circunstancias ya no pensaba de la misma manera.

- Deja de reírte y préstame una polera o algo para tapar esto.
- Tienes una en el asiento trasero, pero aún no te la pongas porque no he terminado de admirar tu atuendo tan particular.
- Cállate. - le replicó al mismo tiempo que hacía un ademán de darle un manotazo.

Nicolás esquivó su pobre intento de golpearlo. Ella resignada se estiró sobre el asiento y se puso la polera de su amigo, una polera roja de Winnie Pooh.

- Genial, ¿no tenías ninguna otra para guardar en el carro? - dijo con una mueca de desprecio.
- No es mi responsabilidad pensar en que un día ibas a aparecerte por ahí con ropa de este estilo, aunque no se te ve nada mal.
- De acuerdo, ya basta de tus bromitas, pollito - agregó Emma con una sonrisa divertida, al tiempo que Nicolás volvía la cabeza hacia ella con una mueca de asco. Ese sobrenombre lo había escuchado un día de visita en su casa, cuando su madre no se había dado cuenta que ella estaba de visita.
- ¿Cuántas veces tengo que prohibirte que me llames por ese nombre horroroso?- dijo mientras aparcaba el carro en el estacionamiento del instituto.
- No las he contado la verdad, pero me da igual. Hagamos una tregua. Tú dejas de burlarte de mi vestimenta y yo no te llamo pollito en lo que resto del día.

Mientras entraban por las puertas principales del instituto, ella notaba las miradas asombradas de muchas chicas y recordó lo que llevaba puesto. Emma caminaba con determinación, ignorando las miradas curiosas que se posaban sobre ella. Víctor, con su cabello alborotado y su mochila colgada de un solo hombro, se acercó a ella con una pregunta en mente.

- Hey, ¿tienes los apuntes de la clase de historia?- preguntó Víctor, jalando la oreja de Emma.

Emma se detuvo de golpe, sorprendida por el gesto. Levantó la mirada, encontrándose con los ojos inquisitivos de Víctor.

- ¿Qué te crees, mi sombra?- respondió, medio bromeando, medio en serio, mientras le lanzaba una mirada desafiante.

Víctor retrocedió, sorprendido por la respuesta, pero no pudo contener una sonrisa.

- Tienes carácter, me gusta - dijo, su tono lleno de admiración genuina.

Ese mismo día, por la noche Emma recibió un mensaje de Víctor. No supo cómo él había dado con su contacto, pero por alguna razón conversaron toda la noche.

Una tarde, después de clases, Emma se encontró a solas con Víctor en el pasillo del instituto.

- No puedes negar que hay algo entre nosotros, ¿verdad?

Emma tragó saliva, sintiendo el corazón acelerado en su pecho.

- No sé de qué estás hablando- murmuró, desviando la mirada.

Víctor se detuvo frente a ella, sus ojos fijos en los suyos.

- Entonces permíteme mostrarte- dijo suavemente, acercándose lentamente.

Antes de que Emma pudiera reaccionar, una voz familiar interrumpió el momento.

- ¿Está todo bien aquí?- preguntó Nicolás, apareciendo de repente a su lado.

Víctor asintió con una sonrisa enigmática.

- Nos vemos luego, princesa- dijo antes de alejarse por el pasillo.

Mientras caminaban con Nico hacia la salida del instituto, Emma no pudo evitar preguntarse qué significaba realmente la presencia de Víctor en su vida. ¿Era solo una atracción pasajera, o algo más profundo y significativo?

A partir de ese día, una extraña amistad o el comienzo de un amor floreció entre ellos. Los dos compartían chistes, anécdotas de sus vidas y hasta discutían sobre música y películas favoritas. Los pasillos de la escuela se convirtieron en su propio pequeño mundo, donde solo importaba la conexión que compartían.

Un sábado por la tarde, Víctor por fin se decidió a invitar a Emma a dar un paseo. Quería estar con ella fuera del instituto y de los teléfonos. Con un nerviosismo palpable, esperó a que Emma llegara al lugar acordado.

- ¡Hola Víctor! ¿Listo para este paseo improvisado?- exclamó Emma, con una sonrisa radiante que iluminaba su rostro.

Víctor asintió, devolviendo su sonrisa. Estuvieron cerca de dos horas dando vueltas y conversando sobre temas triviales de sus vidas y de sus familias. Mientras charlaban animadamente, un grupo de hombres se cruzó en su camino. Víctor frunció el ceño notablemente al reconocerlos.

- Oh mierda, ¿por qué justo con ella?- murmuró, sintiendo la punzada más grande de preocupación, pero no por sí mismo.

Sin previo aviso, esas personas se abalanzaron sobre ellos, lanzando insultos y empujones. Emma y Víctor lucharon por defenderse, pero la violencia del encuentro aumentaba con cada segundo que pasaba. En medio del caos, un golpe repentino hizo que Emma cayera sobre una roca, perdiendo la conciencia al instante.

Víctor, desesperado, intentó protegerla, pero fue superado por la fuerza y miradas vengativas de sus atacantes. Sólo fue capaz de pensar una última cosa: “Espero que ella esté bien, se abrió un lugar en mi vida y no puedo ser el causante de su muerte, la amo”. El sonido de las sirenas resonó en el aire, pero para Víctor, ya era demasiado tarde.

Diez años después, Emma despertó en una habitación desconocida, con una sensación de confusión y desorientación. Su madre, con lágrimas en los ojos, le explicó lo que había sucedido.

- ¿Dónde está Víctor?- preguntó Emma, su voz temblorosa por la ansiedad que la consumía.

Su madre bajó la mirada, incapaz de encontrar las palabras adecuadas para responder.

- Lo siento, cariño... Víctor... murió en el lugar, nadie sabe por qué lo buscaban esos hombres- dijo, con voz entrecortada por la tristeza.

Mientras Emma intentaba asimilar la devastadora verdad, su mente seguía atrapada en un laberinto de recuerdos distorsionados. Para ella, los días pasados en el coma se entrelazaban con sueños vívidos de aventuras junto a Víctor. Cada conversación, cada risa compartida, cada momento de complicidad se sentía tan real que era imposible distinguir la fantasía de la realidad.

A pesar de las explicaciones de su madre y las pruebas irrefutables de que habían pasado diez años desde ese fatídico día, Emma se aferraba obstinadamente a la idea de que todo lo que había experimentado con Víctor era verdad. Aún recordaba esa última salida a su lado, los chistes que él hacía y que había insinuado que estaba enamorado de ella. Sabía que en un futuro cercano no iba a ser capaz de hacer o hablar sobre algo que tuviera que ver con él, no sabía si iba a ser capaz de ver su foto en un cementerio junto a otras personas que ya no estaban. Todo el tiempo se preguntaba si ella había tenido la culpa de lo que había pasado, o que pudo haber hecho ella para que el resultado del ataque hubiera sido diferente. Lo único que anhelaba era que en algún momento alguien le dijera que todo era una broma y él apareciera de repente para decirle a la cara todo lo que sentía por ella, pero su conciencia la hacía entrar en razón y le recordaba la verdad. La línea entre el sueño y la realidad se desdibujaba cada vez más, sumergiéndola en una espiral de confusión y desesperación.

Incluso después de comprender la cruda realidad de su situación, Emma seguía anclada en la fantasía de su pasado compartido con Víctor. La idea de que todo lo que había vivido con él no era más que un sueño del coma la atormentaba, dejándola atrapada en un limbo emocional del que no podía escapar.

A pesar de sus esfuerzos por aceptar la verdad, Emma seguía aferrada a la ilusión de un amor adolescente perdido en el tiempo. Y mientras luchaba por encontrar su lugar en un mundo cambiado, una pregunta persistía en su mente: ¿qué era verdad y qué era solo un sueño?